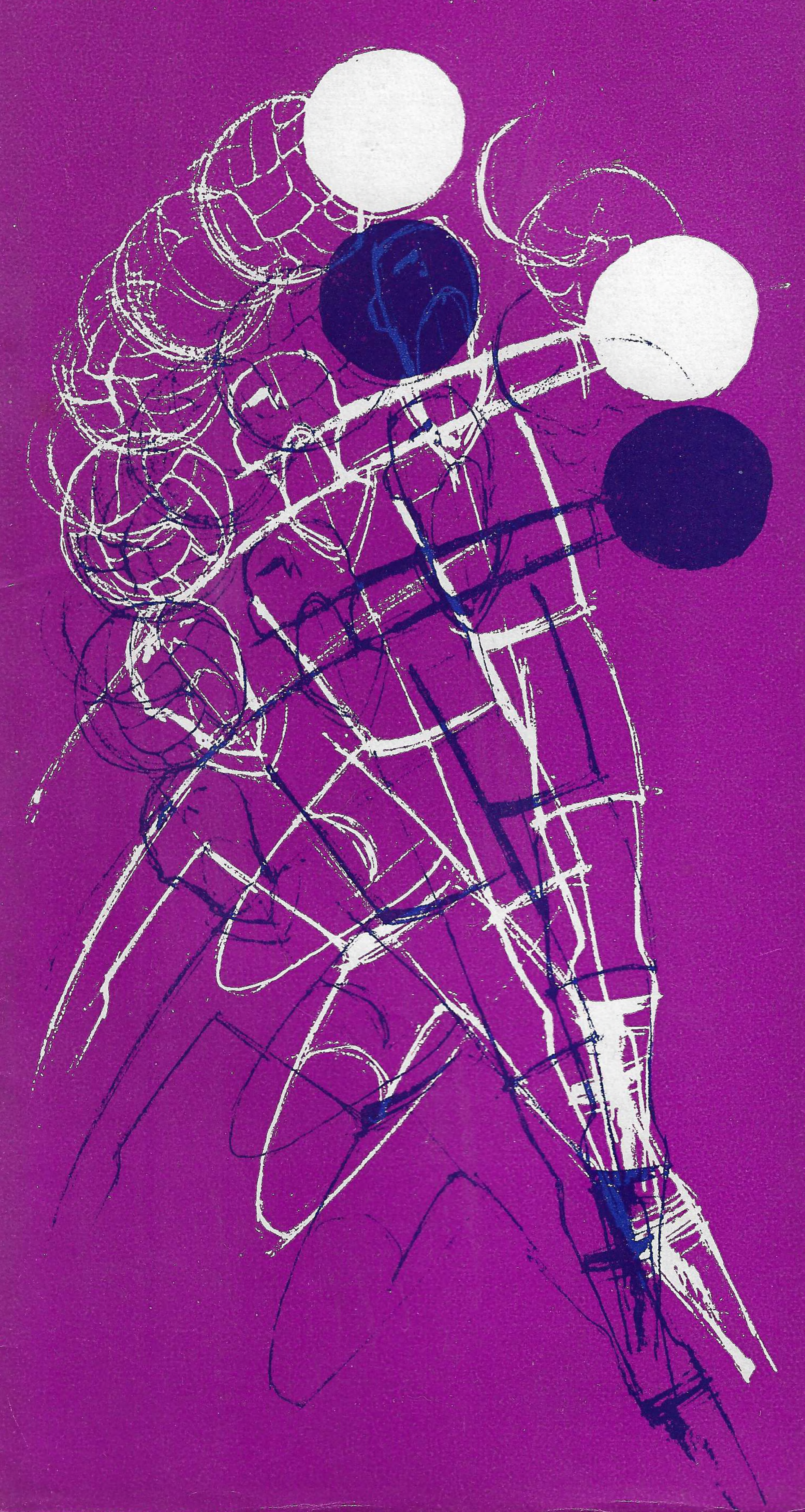
POLIRRITMOS

JUAN PARRA DEL RIEGO



POLIRRITMOS

JUAN PARRA DEL RIEGO

Polirritmos

Polirritmo dinámico a Gradín, jugador de fútbol

Palpitante y jubiloso
como el grito que se lanza de repente a un aviador
todo así claro y nervioso,
yo te canto, ¡oh jugador maravilloso!
que hoy has puesto el pecho mío como un trémulo tambor.
Agil,
fino,
alado,
eléctrico,
repentino,
delicado,
fulminante,
yo te vi en la tarde olímpica jugar.
Mi alma estaba oscura y torpe de un secreto sollozante,
pero cuando rasgó el pito emocionante
y te vi correr... saltar...

Y fue el ¡hurra! y la explosión de camisetas
tras el loco volatín de la pelota,
y las oes y las zetas
del primer fugaz encaje
de la aguja de colores de tu cuerpo en el paisaje,
otro nuevo corazón de proa ardiente,
cada vez menos despacio
se me puso a dar mil vueltas en el pecho de repente.

Y te vi Gradín,
bronce vivo de la múltiple actitud,
zigzagueante espadachín
del golquiper cazador
de ese pájaro violento
que le silba la pelota por el viento
y se va, regresa, y cruza con su eléctrico temblor.

¡Flecha, víbora, campana, banderola!
¡Gradín, bala azul y verde! ¡Gradín, globo que se va!
Billarista de esa súbita y vibrante carambola
que se rompe en las cabezas y se enfila más allá...
y discóbolo volante,
pasas uno...
dos...
tres... cuatro...
siete jugadores...

La pelota hierve en ruido seco y sordo de metralla,
se revuelca una epilepsia de colores
y ya estás frente a la valla
con el pecho... el alma... el pie...
y es el tiro que en la tarde azul estalla
como un cálido balazo que se lleva la pelota hasta la red.
¡Palomares! ¡Palomares!
de los cálidos aplausos populares...

¡Gradín! róbale al relámpago de tu cuerpo incandescente
(Yo vi tres mujeres de esas con caderas como altares
palpitar estremecidas de emoción!)
¡Gradín! robale al relámpago de tu cuerpo incandescente
que hoy me ha roto en mil cometas de una loca elevación,
otra azul velocidad para mi frente
y otra mecha de colores que me vuele el corazón.

Tú que cuando vas llevando la pelota
nadie cree que así juegas;
todos creen que patinas,
y en tu baile vas haciendo líneas griegas
que te siguen dando vueltas con sus vagas serpentinas.

¡Pez acróbata que al ímpetu del ataque más violento
se escabulle, arquea, flota,
no lo ve nadie un momento,
pero como un submarino sale allá con la pelota..!

Y es entonces cuando suena la tribuna como el mar:
todos grítanle: ¡Gradín!, ¡Gradín!, ¡Gradín!

Y en el ronco oleaje negro que se quiere desbordar,
saltan pechos, vuelan brazos y hasta el fin
todos se hacen coheteros
de una salva luminosa de sombreros
que se van hasta la luna a gritarle allá: ¡Gradín!, Gradín!, ¡Gradín!

(1922)

Polirritmo dinámico de la motocicleta

Sesgada en el viento la cálida quilla del perfil tajante
y suelto el espíritu al día como una cometa
yo todas las tardes me lanzo al tumulto de las avenidas
sobre un trepidante caballo de hierro
¡mi motocicleta!

Zumban los pedales, palpita la llanta
y en la traquearteria febril del motor
yo siento que hay algo
que es como mi ardiente garganta
con mi explosionante secreto interior.

Y corro... corro... corro...
Estocada de mi ruido que atraviesa la ciudad —
y ensarto avenidas... suspiro una rambla... disloco una esquina
y envuelvo en las ruedas
la vertiginosa cinta palpitante de las alamedas...
La fusilería de los focos rompe la iluminación...

Y me lanzo a un tiro de carrera al mar
y otra vez me escapo por los bulevares,
rápidas serpientes de autos y sombreros,
mujeres y bares
y luces y obreros
que pasan y chocan y fugan y vuelven de nuevo a pasar...

Y corro... corro... corro...
hasta que ebrio y todo pálido
de peligro y cielo y vértigo en mi audaz velocidad
ya mi alma no es mi alma:
es un émbolo con música,
un salvaje trompo cálido,
todo el sueño de la vida que en mi pecho incendio y lloro
la feliz carrera de oro
de la luz desnuda y libre que jamás nos dejará.

¡Ah, correr locamente convencido
de alcanzar como los pájaros hasta el confín azul,
escuchando, inclinado,
al oído,
el motor,
cual si fuera el nervioso corazón de un amigo
que se quema en un terco secreto de amor!

¡Los ojos se roban la vida a pedazos!
Luces, hombres, árboles, una estrella... el mar,
y ya solo siento
un deseo loco de ser como el viento
que sólo parece que quiere pasar.

Curva suave,
X patética... embestida...
repentino embrague seco... vuelta súbita... explosión!
¿Fue la muerte? ¿Fue la vida?
el motor sufre y trepida
y otra vez me empapa el viento con su vino el corazón.

¡Camaradas! ¡Camaradas!
denme una camiseta
de violentas pintas verdes y oros como resplandores
para hundirme a puñaladas
de motocicleta
por el campo estremecido de esta tarde de colores.

En el fulminante
caballo que suena su sangre encendida
para abrir todas las tardes de la vida
a un romántico momento de partida.
Partir... llegar... llegar... partir...
Correr...
volar...
morir...
soñar...
partir... partir... partir...

(1922)

Polirritmo de la mujer vegetal

¡Guitarras bajo las higueras! ¡Trompos azules del día!
Aquí está la fresca amada vegetal;
la que vi y el alma mía
se me abrió como una fruta musical.
Ojos con pájaros, caderas de ágil tazón de soles,

a carreras de naranjas, margaritas y manzanas
por mi sangre la sentía atravesar...
La que vi y me dio el amor de las mañanas
(¿Soñaba nidos? ¿Colgaba frutas? ¿Olía a rosas?)
Y unas súbitas nostalgias misteriosas
de montar caballos blancos, trepar árboles, nadar...
madrugar todos los días
e irme solo por los campos,
loco andarín, verde andarín,
con mi campana de lejanías
y el pecho alegre como un clarín.

(Rey Salomón: ¿Dónde está tu arpa para cantar?
Rey Salomón: ¡Pandero y vino para bailar!
Rey Salomón: ¡Qué Sulamita para besar!...)

Parada un árbol...
Echada un río...
Sentada un alba sentimental...

¡Corazón mío,
corazón mío,
nos curaremos de todo mal!

La que sólo parecía alimentada de frutas...
La que vi, y en una gruta
de albaricoques, palomas, racimos de uvas y olores
se quedó como un barquero solitario con la luna
a temblar mi corazón.

¡Oh querida fresca, fresca,
ágil y alegre querida!
¡Qué vergüenza, qué vergüenza
de haberme dejado hacer tan triste por la vida!

Maquinista silencioso de las noches estrelladas
la que vi, y sobre mis penas solas, hondas y calladas
—¡Oh segadora fina que amó mi alma!—
pasó cantando sus cantos de mediodía y pasión,
con su risa vendedora de naranjas
con la música crecida de sus senos
y las cerezas alegres de su joven corazón!

¡Oh! partir con ella un día!
oir la estrella de las guitarras de las lagunas,
ver los caminos...

La metafísica angustia sorda con que los pinos
miran las lunas...
Andar... soñar...
besarla súbitamente loco bajo las parras y las higueras...
¡cantar! ¡gritar!

Zumban abejas, rocío... flores... nidos... los nidos:
(¡qué cuchicheo de cuentos de hadas en los oídos!)
correr... reir...
Sentarnos solos junto a los árboles a comer guindas
con dedos finos de amor y de cristal!
—¿De dónde sube esa serenata de violetas?—
Y hasta algún sapo que a nuestro lado llega tirando sus volteretas
de payaso de luz ¡cubista acróbata matinal!

Oh ¡vivir juntos!
llorar juntos la misma lágrima
y ver unidos la misma estrella!
Partir con ella,
en un auto que tira su sangre panorámica
a noventa kilómetros por hora,
locos de alegría, de claridad,
(la luna nos sigue corriendo hermanita!...
Ya miro la aurora....
Adiós nube!...
Adiós árbol!...
Adiós, pobre luz de allá sola!...)
Locos de alegría, de intimidad
de libertad
de felicidad!

¡Pañuelos de las estrellas que llaman mi corazón!
Ya no quiero más amores con las de seda y de luna.
Aquí está la que el espejo de la luz trae en la frente;
la que vive, sufre, ríe, ama, canta, engendra, siente;
la del amor natural, claro, fragante, indistinto;
la que ve, y alza el instinto
todo el coro de sus vivos y dramáticos alcoholes...

La que me llenó de rosas y músicas y banderas,
la que me dio más sueltas las ideas generosas,
la que no enerva, disuelve, ni mata de lejanía,
la afirmativa, la vegetal,
¡la que es mía, la que es mía, la que es mía,
marcha de frutas, albas y soles,
marcha triunfal!

(1924)

Canto al Carnaval

Libertad maravillosa de la risa,
la ciudad corre en las ruedas de colores, Carnaval!
Ya en plazas y torres, ventanas y esquinas,
saltando como una niñita la luna
cuelga los teléfonos de las serpentinas
para tu furiosa fiesta universal.

¡Columpios de risas! ¡Arboles de amores!
Los novios calientan la noche en su corazón.
Ya aquel ha corrido por un frac... va pálido!
Rosada de sueños
ella piensa en algo furtivo y fantástico
que sólo esta noche podría pasar...

(En los cascabeles hay duendes pequeños
que dicen: ¡no dudes! ¡vamos a soñar!
¡Vamos a bailar!
¡Vamos a cantar!
La noche abre dulces ventanas de seda

y si tú no vienes por siempre te quedas
en la desolada perla de esperar.
¡Vamos a cantar!
¡Vamos a bailar!)

Y por la Avenida
que quema las frutas de la iluminación
ya el Corso va alzando con su delirante
cabeza de máscaras la gran ilusión.
Veredas con luces felices de puertos soñados.
Las casas se besan, se gritan, se abrazan,
a nubes de música y de serpentinas,
y la ópera loca de gritos pintados
avanza soñando su incendio feliz.

Acrobacias bufas, ventriloquía rara,
súbita escopeta de aquella nariz!
La lágrima negra de esa blanca cara.
Cleopatra sobre un coro de trompetas
saludando a las estrellas y al amor!
¡Timbales! ¡Flautines!
Latones de escándalo... absurdas cornetas.
El aire abre pianos y frescos jardines.
Locura, alegría, palidez, amor!
Pasa el carro lento de las odaliscas,
la comparsa blanca, la del verde humor,
pasa la comparsa de las Diez Franciscas
el carro tremendo del Emperador!
Reinas y payasos,
—por el aire vuela un bastón colorado—
los pierrots que enredan la luna a sus pasos,
tambores de Oriente de golpe encantado,
y saltos de espejos y noches y frutas.

Ya llegan los negros del baile sensual
con piernas de títere y risas de luna
que se duermen sobre el bombo tropical;
los negros fantásticos e imaginativos
que se dramatizan en vagos y vivos
saludos de monos y gestos de chivos
que se ríen por la médula espinal.

Trae un auto una súbita bandeja de ángeles
y tras otro, Walkiria de veloces cabellos de papel,
cruza uno que se aleja tirando los divinos
cascabeles de un lunático arlequín.
Pasa la astronómica murga de los chinos
—qué triste, adelante, va el pálido y dulce mandarín!—.
Me corta el jinete
de una serpentina con su duende azul
(Cuidado con esa niña que es como un juguete
defendiendo sus alas de tul).
Y el Corso levanta la noche en sus brazos dorados.
Largo trópico de música por la calle popular.
Atrás, turbia pena de dientes morados,
esta es mi pirueta, mi nariz... mi andar!

Y miro esa casa:
el balcón se ríe con barbas de cintas y velos,
suena una ventana... un antifaz pasa...
y yo sé que es ella que está con los otros
bailando a esa música de agua y violoncellos...

Las estrellas corren en sus bicicletas
plateadas y azules por el "boulevard",
saltan, como rosas, tristes morisquetas,
y yo ya estoy loco de nunca alcanzar
la boca fantástica de ese antifaz fino
que toda la noche me hizo palpitar.

Pero en esa esquina
cuatro dominós se han quedado quietos,
y yo tengo miedo en aquella esquina
de los dominós parados y quietos.

¡Vamos Ana!
¡Dame el brazo Margarita!
En esa casa hay un baile que parece la campana
de una locura infinita!
Préndete, a mí, Josefina!
en mis barbas coloradas llevo el circo del amor!
Yo sé lo que no te ha dicho esa loca serpentina
que en tu moño fue durmiéndose como si fuera una flor.

Pero el Corso pasa...
¡Pasa!
¡Trampolín para el acróbata lívido del corazón!
¡Regata de aguas, de cintas, de payasos y mujeres
con sus viñas de alegría y sus bocas de ilusión!
Pasa el corso...
Pasa... pasa...!
Y ya la calle está sola... por el suelo hay una máscara perdida...
Y es tan grave este último payaso que se mete en esa casa
de una sola ventanita encendida!

Y otra vez el Corso rompe en su camino
la nube de gritos de que es su cascabel.
¡Los osos! las hadas... la reina... el bandido...
son todos los cuentos que a la calle han salido
fabulosamente libres de sus casas de papel...!
Llega la volanta de las colombinas
—a la rubia de la risa yo le tiro esta flor—
Se va la volanta de las colombinas.
Y serenatas de serpentinas
van llamándola en la calle con sus flautas de color!
Perdidos, antiguos, plateados, fragantes
pedazos de música me dan su temblor.
—Hay baile en aquellos balcones distantes—
Y yo sé que es ella la de aquellos guantes
que tras el cristal da su espalda en una
disolución de luna
que sobre el negro corpiño le abre su flor.

Pasa el Corso con su río
que va a perderse a la luna con su estrépito triunfal;
y en la ciudad que se queda como un gran teatro vacío
yo siento que el corazón mío
se pasea como un gato solitario y fantasmal.
¡Se va el Corso! Se va el ruido
pero yo me cuelgo, mágico, a tu luz y tus amores.
¡Carnaval!
¡Salud inmensa, aventura de las aguas y las flores
que nos dejan las cabezas como trompos de colores
dando vueltas, vueltas, vueltas
en tu mano de cristal!

(1925)

Loa del fútbol

¡La pelota ríe y canta!
¡La pelota zumba y vuela!
Y es el polvo una serpiente de algodón que se levanta
tras el ágil jugador que de un salto se revela.
¡La pelota ríe y canta!
¡La pelota zumba y vuela!

Y es la tarde que va abriendo su sombrilla de colores
sobre el campo donde están los jugadores
entre el marco de la fiesta popular;
treinta mil caras que ríen y mujeres con sus trajes
que en el viento son mensajes
que no sé dónde, se quieren, tan nerviosos, escapar.
Mas, de pronto suena el pito
que prepara la partida.
Todos callan... se oye un grito
y es al fin la acometida
en que salta la pelota,
que se va como bailando de pie en pie
por los aires una jota
de acrobática alegría que uno casi apenas ve.

¡Jugador de blanca y roja camiseta
que, de pronto, arrebatado,
zig-zaguea, jubiloso, la gran Z
de un ataque combinado
junto al otro, que al cruzársele en un paso de emoción
cae al suelo y, trémulo, ¡ay!...
se levanta otra vez como de una eléctrica impulsión.
Pero suena el breve pito de un offside
y de nuevo va rodando la pelota
que ya traza un arco iris momentáneo sobre el cielo,
o epiléptica, rebota
en los pies que hacen con ella como encajes por el suelo.

Mas ahora, azul y blanco otro adversario,
se la lleva... se la lleva... se la lleva... se la lleva...
se emociona allá al golquiper solitario,
pero surge el back, que al salto que lo eleva
un instante es sobre el sol una escultura,
mientras ya como un cohete volador,
la pelota que se queda como un astro por la altura,
otra vez cae en el suelo con un ruido de tambor.
Y de nuevo se levanta
con su eléctrico vaivén...
(En la tarde ya se va la luz que canta...
Vuelan pájaros al norte... por el cielo corre un tren...)
y a un aplauso que, de pronto, hierve en toda la tribuna,
cual si fuera un taponazo de botella de champán,
la pelota va a decirle no sé qué cosa a la luna
que al volar llega riéndose con su pen, pin, pen, pan, pan...

Y ya loca, loca, loca,
de su alada ligereza,
tiembla, silba, fuga y choca
de ese tórax a esa espalda, de esa espalda a esa cabeza,

hasta que, ávida en la luz, nerviosamente
y de un grupo que es un drama de oro y tierra bajo el sol
se va como una estocada de repente
¡y es un... ¡goal!

En el fútbol todo es clara poesía,
luz de sol, viento viril y panorama
que le pone a uno en la risa azul del día
todo fresco el corazón como una rama.
Epopeya fraternal del Movimiento,
es la vida con su múltiple aletazo creador:
drama, música, paisaje, sol violento,
geometría que se mueve en la pelota por el viento
y pintura que en el suelo multiplica su color.
Fiesta mágica del músculo,
es América que hoy grita ¡anunciación!
con su gran trompeta de oro ante el crepúsculo
de esa Europa roja y negra de la cruz y del cañón.

Y guardadme ahora un secreto que os revelo,
yo no sé si por encargo de Rubén o de Perrault:
que la luna es la pelota de fútbol que está en el cielo
para ese otro futbolista de colores
que en las tardes es el sol.

(1918)

Al motor maravilloso

Yo que canté un día
la belleza violenta y la alegría
de las locomotoras y de los aeroplanos,
qué serpentina loca le lanzaré hoy al mundo
para cantar tu arcano,
tus vivos cilindros sonámbulos, tu fuego profundo
¡oh, tú, el motor oculto de mi alma y de mis manos!

¡Qué llama enloquecida se enreda en tus fogones
y hace girar la rueda líquida de la sangre
y atiranta las poleas de los músculos
para mecer los columpios súbitos de las sensaciones,
cuando corro, beso, anhelo, callo, sufro, espero, miro,
salta mi alma en una loca carcajada,
floto en sedas de suspiro
o en el charco solitario de la sombra en que me estiro
se me copia el corazón como una estrella desolada.

Y qué electricidades
se me van por los alambres calientes de los nervios
hasta el cerebro, caja de las velocidades
azules y negras y rojas de todos los sueños...
Zumba la turbina sutil de hondos dolores
y saltan imágenes,
y hacia donde ya no alcanza el ojo triste
con sus sedientas ruedas de colores
corre el tren de las imágenes...

Y qué émbolos oscuros se agitan sin cesar,
y qué carbón jadeante de soles escondidos
te hace andar
a todo vapor, a todo vapor,
cuando se me hincha el corazón de una salvaje alegría
o se me quiere romper de dolor
y de melancolía.

Motor humano: tú eres
la única maravilla de este mundo doloroso,
por tu inmortal prodigio: el beso a las mujeres,
el pensamiento firme y armonioso,
la palabra que salta rotunda, patética y viva,
por la célula furtiva
que trabaja en sus telares nuestro ritmo misterioso;
teje un día la Esperanza,
otro día el Sufrimiento,
otro día la Alegría.

Yo siento
cuando queda tensa y viva sobre mi alma la Energía.
¡Motor de la explosión de toda la vida mía!
¡Hondo motor que haces mi cólera y mi llanto
mi callada pasión y mi fuerza y mi canto,
más ligero,
más ligero,
con la carga de la esperanza que es mi única conquista:
tú, la máquina del único sendero sin sendero;
yo, tu alado y sangriento maquinista.

Walt Whitman

Junto al mar tiro este grito de colores,
saludo y partida
de mi alma con tu alma ¡Walt Whitman!

¡Sé nadar! ¡Sé remar! ¡Sé cantar! ¡Sé montar a caballo!
Mi revólver tiene doce tiros
y mi motocicleta es alegre como el sol.

Yo soy el que ha corrido
con un corazón loco de confianza,
a fraternizar por todos los caminos con los hombres.
Yo soy amigo de acróbatas,
de tipógrafos, de enfermos, de campesinos y boxeadores.
Yo soy el que puede, de repente,
tirarlo todo atrás, libros, familia, amor, casa y amigos,
sólo por el placer viril
de ensayar mi corazón
en otros días solos y dramáticos.

¡Oh, querido Walt Whitman!
¡Voluntad! ¡Vigor! ¡Alegría!
Yo soy el que ha corrido por todas las ciudades
gritándoles loco de esperanza
a pobres poetas sin fuerzas y sin luz,
la salud nueva de tus cantos puros.
¡Tus cantos donde ha puesto la mano la tierra y el cielo!

¡Tus inmortales cantos hechos de mortales sueños!
Porque sólo tú eras el arpa mística y salvaje
donde a tu música de remotas geografías,
mi vida era otra vez frescura clara;
y en las noches me llenaban extraños y anhelantes
designios de pureza, de perfección y fuerza.

Yo te leía y después parecía que volvía del campo.
En mi corazón se alzaban altas, veloces y alegres,
las velas de la Curiosidad, de la Energía y el Entusiasmo.
Tú solo eras el que me hacía más caliente esta línea de pasión,
esta violenta voluntad de marcha,
este ardor, este amor a los héroes,
a la libertad y la personalidad,
que es el ancho altar de mis caminos,
donde tercamente puro y solitario
me muero y quemo,
me quemo y subo,
¡subo!
¡Walt Whitman!

¡Arriba las almas!
¡La caballería, la música,
los jardines, las flores, el mar y las mujeres!
¡Cuatrocientos nadadores en la ola de tenaz cabeza alegre!
¡El incendio! La dramática estación con la partida de los trenes!
Lo que hay arriba de la Cruz del Sur
y lo que hay debajo de los párpados fantásticos de los locos.
¡La total sinfonía de la tierra y la vida!
¡El hijo de Dios que vino con sus cantos de fuerza y esperanza!
¡Eso eras tú Walt Whitman!
¡El perfecto camarada! ¡El Revelador!
¡Nuestra gran fuente de fuerza, americanos!

¡Oh, querido Walt Whitman!
¡Oh, Capitán, mi Capitán, mi Capitán!
Más que todos los filósofos
tú me enseñaste fuerza y nobleza,
con tus ágiles ojos celestes
y tu cara de aurora
en los humos de tu barba de santo natural.

¡Oh, Capitán, mi Capitán, ¡mi Capitán!
Tú dices: todo vuelve.
Pero yo contra tu pecho grito:
¡nada vuelve!
¡La fuerza es ir locos de confianza hasta el fin!
con nuestros corazones sonoros como truenos
marchando hacia adelante sin cesar.

Canción de la cabecita elegante y dorada

Cabecita elegante y dorada
—trigo en música y oro en chispa matinal—
que yo descubrí de repente en el Cine
con una nerviosa mirada
sentimental.
La mano,
joya viva de cristal y rosa y seda
como para que en un cuento se la robase un enano,
sube, se agita, se enreda
y es como una blanca y loca golondrina
que ha llegado toda inquieta
a aletear
junto a la diminuta jaula en flor de la peineta
que no la deja entrar.
Y es la danza de los volatineros
dedos con sus sortijas que yo pienso que son
un tropel bailarín de duendes sepultureros
que se han llevado allí mi corazón.
Cabecita elegante y dorada
cabecita antigua, cabecita alada,
en qué telas
en otra América Española, yo te he visto alguna vez
con el sudamericano
peinetón colonial de las abuelas
en la tertulia del patio con glicinas
y lunas de magnolias y soles de tanjarinas.
Cabecita elegante y dorada
de qué mina arrancó Dios tu tembloroso
mineral que ha entristecido para siempre mi morada.
No te inclines... no te vuelvas... por favor!
Y salta ahora ligero, ligero
corazón marinero
de la proa elegante que en su moño altanero
tiene un barco de seda para morir de amor.
Ah, cabecita elegante y risueña
pero que tal vez solo sueña
con un flamante y rígido novio de figurín
y llora a esas películas donde es pastor el príncipe
y no comprende nada de Carlitos Chaplín;
y que no sabe
cuando se asoma los domingos
con el grupo musical de sus amigos
al balcón
qué sollozante y pálido segador de sus espigas
se curva desolado entre mi corazón.
Me has vuelto loco, cabecita rubia,
pero no sabrás nunca, nunca, nunca,
por qué mi corazón fino y viril como una espada
se ha quedado para siempre —¡oh cabecita bella!
¡oh cabecita amada!—
temblando de dolor como una estrella.

Nocturno Nº 1

Por la callada llanura
sólo yo contigo, inmensa noche extraña, brutal, dura,
sólo yo con mi caballo y tu cielo de tormenta
que los relámpagos muerden y la tierra escucha, atenta.

Y algo vivo hay en los cardos que yo siento sus miradas.
Se acumulan nubes blancas, sordas, tristes, trabajadas
que se enredan y se aprietan y se van desfiguradas
así como en mí se fueron tantas cosas desgarradas.

Me refresca un repentino chicotazo de aire roto...
mi caballo brinca... ¡envuélveme más en ti, viento remoto,
viento puro, viento libre!
... raja un trueno dolorido
y otro trueno, toro negro que va huyendo enloquecido
la enlazada fulminante de otro rayo. Y ya estoy ciego
de relámpagos que se abren con su atroz desasosiego.
Y hacia el lado de la muerte corre el viento poderoso
y mi corazón se aprieta con un miedo misterioso.
Y la lluvia cae... arrecia... vuelca cubos... es un mar...
y más corre mi caballo... ¡con el alma he de llegar!
Mas me arranco mi sombrero para ti, lluvia fragante,
para darte mi cabeza dolorida y calcinante.
Y ¡oh, si adentro me cayeras con tu fresca platería
allí donde tan amarga se ha quedado el alma mía,
allí donde tan reseca se ha escondido mi alegría!

Nocturno Nº 2

La noche más que el día funde en un hondo nudo
tu corazón celeste con mi corazón rudo,
porque yo más te llamo, y te busco y te siento
cuando la noche negra me abisma el pensamiento
y en mi raro estupor de vivir, sólo miro
y comprendo mi angustia, y mi sed. Mi suspiro
corre tras tu suspiro. Mi taciturno espanto
busca tu temblor fino de paloma. Mi llanto
se enreda entre la cinta caliente de tu voz:
¡Sólo viendo tus ojos he comprendido a Dios!

La noche más que el día me hace un hombre sensible.
Es una copa roja, nocturna, incomprensible
mi corazón: en él recojo tu mirada,
sorbo a sorbo te bebo con una sed porfiada
huraña y fatalista que te hace en mí más bella.
Borracho solitario que aprieta su botella
yo aprieto por las calles mi corazón. Yo siento
que ese es el solo vino que ama mi ser violento,
el que me da esta única embriaguez que yo pido
cuando la noche negra nos hunde entre su olvido.

La noche más que el día me hace un ser palpitante,
un alma que se va no se adónde, anhelante...
Como las costras bruscas de una lepra sombría
se me cae a pedazos la comedia del día.

Mi alma es pura, es fantástica, es profunda y es buena;
se cae toda en ti como la luna llena.
Te hace un collar sonámbulo de perlas sollozantes.
—Oh, misteriosos sueños! ¡Oh deseos jadeantes!
Y a tu lado honda y muda mata todos sus filos
en la sinceridad de tus ojos tranquilos.

Nocturno Nº 3

Heme aquí en la gran noche de la pampa, perdido
bajo el grandioso y loco árbol estremecido
de las estrellas, dándoles a las sombras mi paso
con un azul y helado corazón de payaso.

Heme aquí extrañamente perdido y desolado
sin comprender mi alma, con un terror callado
frente a la profundísima noche desconocida,
viendo que sólo absurda y atroz me fue la vida
que ni sé por qué he amado, ni he sufrido, ni espero
aún algo de las cosas como un aventurero.

Heme aquí por primera vez frente a mi destino
fantástico de pena y horror en el camino.
Triste de la alegría y triste del pensamiento.
Seguro de que todo se acaba a olvido lento.
Lejano y solitario como una tumba en mi alma
y buscando en la noche no sé qué amor, qué calma
por la delicadeza de los sitios sencillos,
como uno de esos pobres enfermos amarillos
en quienes la esperanza —¡esperanza espantosa!—
es ya sólo una muerte perdida y silenciosa.

Nocturno Nº 4

Me la llevé corriendo por el más hondo lado
de la noche y las rosas del jardín empapado
de latidos y lágrimas... Las heladas vihuelas
de la luna, las locas y tristes castañuelas
de las estrellas; mi alma que se enredó en su mano,
lo inmenso, lo fantástico, lo oscuro, lo lejano,
los que allá se quedaron con su dicha y su fiesta
todo nos dio el misterio de la otra vida y de ésta.

Y empolvada de risa, ágil como un payaso,
hasta el banco más solo me la llevé en mi brazo,
me la llevé corriendo hasta que, al fin caímos,
caímos como locos rompiéndonos racimos
de besos, hiedras ciegas de besos, ¡oh, millones
de besos con su ruido caliente de gorriones!

Una vertiginosa angustia deliciosa
daba esta solitaria comida milagrosa
de mi boca en su boca, en su cuello, en su espalda;
volcó su vino azul mi cabeza en su falda

y todo se lo dije: mi alma está triste y loca
sólo tengo en la vida tu silencio y tu boca.

Lleno de odio y de muerte, de amor y de alegría,
andé... andé... andé... ¡esa es la historia mía!
Y me envolvió en sus hombros desnudos, en su olor,
sus sortijas, sus lágrimas, sus sedas, su temblor,
y mi lejano y solo corazón junto a ella
tembló... tembló... tembló... tembló como una estrella.

Nocturno Nº 5

En qué aguas vivas y anchas, en qué profunda fuente
de mi pecho, alma mía, te bañas temblorosa
que de mi ser oscuro y amargo, de repente,
sales como la luna: blanca y maravillosa.

Y en la noche estrujada de una angustia infinita
curvas el hierro huraño de mi vida violenta,
de mi vida de hombre que combate y se agita
con el pendón sonámbulo de una luz de tormenta.

Alma mía, que te alzas dulce y aplacadora
sobre el fogoso espanto de mi insomnio sutil,
paloma turbulenta, dolorida y sonora
que amanece empapada de un rocío febril.

Somos el trigo huérfano que muele en su molino
frenético el destino con un salvaje ardor.
¡Molinero sonámbulo! ¡Molinero asesino!
La harina va cayendo: dolor, dolor, dolor...

Alma mía nocturna, firme y triste esmeralda
de una mano estridente de amor y de pelea,
guitarra vagabunda donde curvo mi espalda
para llorar en donde nadie llorar me vea.

Alma mía nocturna, alma mía anhelante,
¡cuánto amor! ¡cuánta muerte! ¡cuánta sed! ¡cuánto grito!
en este enloquecido corazón trashumante
lleno de un solitario sufrimiento infinito.

Nocturno Nº 8

Dolorida en la luna se va la carretera.
Me voy a sentir más hoy tu alma allí;
dolorido en la luna que me mira y espera
y da su solitaria paloma mensajera
que va como acordándose de ti.

Miro las soledades misteriosas del cielo
y nada es más profundo que tu amor;
bailarín de amargura, zapateador de hielo,
tú eres, ¡oh Sirio, dulce violinista del cielo!
lo que me ha comprendido aquí mejor.

Pero tú eres la luz que tiembla allá.
Voy solo. Voy cansado. Voy ciego. Voy perdido.
Y esta noche de luna, que es música sin ruido
me va poniendo tu alma como en un hondo nido
sobre mi sollozante eternidad.

Con mi sombrero negro empapado en la luna
yo te contaré todo mi dolor...
Le pediré a la muerte más pavor que nos una,
le pediré a la vida más caliente fortuna
de besos, de locura y de temblor.

Yo te contaré toda mi historia de hombre errante
que un día al mundo amargo se lanzó.
Era al partir alegre el joven caminante,
más tarde, curvo y triste, pero más anhelante
su corazón, sangriento, regresó.

Y no se hizo filósofo, ni aprendió el humorismo
de los que sólo quieren engañar.
Vio que en la vida sólo el olvido es el abismo
y que su gran secreto es ser siempre uno mismo
y con el alma cálida, esperar...

Y vio que el amor era la única ruta clara
y que por eso sólo hay que existir;
—¡oh, amada la más dulce, la que aclara y ampara!—
yo que he partido en tu alma y he llegado en tu cara
ya sé para qué tengo que vivir.

Se por qué ante la luna tiemblo como un poeta
del tiempo de Musset y Jorge Sand;
y a veces más que el ritmo de mi ciudad inquieta
busco las sombras íntimas de alguna plazoleta
donde otras cosas íntimas están.

Y por qué mi alma vibra cuando miro unas flores
y en el fino azul atardecer
en mi cabeza zumban palabras de colores
y ante las joyerías, mojado de fulgores,
me quedo fino como una mujer.

Y por qué hago mi paso más lento en los caminos
y en todo enreda mi alma su emoción:
y bajo las guitarras nocturnas de los pinos
en la hora de los grandes crepúsculos marinos
tengo una misteriosa agitación.

Prosa

La plaza Zabala

Mi amigo busca el árbol de más sombra y nos sentamos. Los dos hemos vencido esa vergüenza oculta, esa sensación como de fracaso y horfandad que da el sentarse en plena mañana resonante en un banco de la plaza. Y ahí nos quedamos. El lee. Y yo le escucho. Es decir, no lo escucho, miro.

Van a ser las diez y media de la mañana. En el aire tiembla como una maravillosa agua de oro, la luz. El sol cae a fondo, rudo y dorado. No obstante, aquí aparece otro sol, un sol más acurrucado, más compasivo, más de pobres. Es la hora en que la Plaza Zabala se viste de una súbita animación: un viejo de bastón y periódico, unos marineros que se han sentado de repente al pasar, y los cochecitos y las niñeras y las niñeras y los cochecitos; atorrantes de un aire desmantelado y noctámbulo; señoras con sus costuras; algún lector romántico y ciertas personas pálidas, muy pálidas, que tosen y toman el sol con un sombrío y dulce silencio. La reja de circunvalador encaje metálico le impone un carácter entrañablemente evocador y colonial a la placita. Intimidad. Soledad. Se diría que todo en ella: los árboles, las magnolias de apretadas lunas, los pinos de candelarias verdes, las palmeras de acrobático penacho, las recortadas alfombras de verde humilde y nutrido, todo, vive una vida de apretamiento, de secreto, de no querer saber nada de la ciudad que rompe por sus boca-calles la irritación eléctrica de los tranvías. Y que se aparta. Y que se encierra. Y que se defiende con la verja que la envuelve. Para abrir sólo unas discretas puertas laterales al paso de esos amigos que llegan todas las mañanas con una fidelidad maniática de enfermos y enamorados a guarecerse en la sombra. Para los viejos que vienen a arrastrar bajo el sol la muerte lenta del reumatismo. Y esas niñeras de trajes luminosos que se pasean con un aire de princesas que van tras sus pavos reales: los cochecitos. Y esos atorrantes que estiran sus piernas fantánticas para dormir un sueño que les estruja el hombro en el espaldar sucio de los bancos. Y esos niños fugitivos y vertiginosos que tiran la pelota entre las barbas líquidas de los árboles.

Pasa un jovencito, con su saludito, y su pañuelito y su corbatita.

Y la plaza se va llenando poco a poco de esa gente helioterápica y vagabunda de la mañana ¿Pero es la misma de ayer? ¿Y la del otro domingo? Uno vuelve a ver a esas señoras de un aire imperialista y extranjero que traen a sus nenes, el costurero, la ropa blanca, libros, bolas de lana de color. Y esos fruteros italianos que llegan llenos de la dulzura de sentarse fatigados, sudorosos, con las caras de un rojo agresivo de pimientos españoles, y sacan el pañuelo con el nudo de la plata, hasta que la sombra viva y fresca les hace garabatear un sueño. Y uno vuelve a ver a esos hombres gordos, que son los que se sientan. Los que parece que tuvieran el espantoso sentido de sentarse toda la vida. Y no se sientan: se clavan, se entornillan, se estratifican sobre los bancos, conciliadores e hipócritas.

A las 12 pasan las chicas de los colegios. Grupos alados y picoteantes de felicidad y bulla. Teresa, Julia, Laura, Clara, María. El corazón se va tras las trenzas de oro.

Y es reconfortador detenerse en la plaza Zabala. Las dinámicas rodillas trotacalles y saltatranvías se nos deshacen de repente en

la tentación de las sombras frescas y en el absorbente encanto sentimental de los árboles. La placita nos llama. Nos detiene. ¿Acaso es como las otras plazonas de un aire espeso y municipal, con resoplantes bandas de música y astutos barquilleros? La Plaza Zabala es otra cosa. Penetra con un encanto casero de patio familiar. Parece que nos quisiera recordar, pero con una simpática voz de hermano, que la vida no es sólo tener metidas todo el día las narices en el legajo oficinesco, ni en el pupitre mecánico. Nos dice que hay que ser un poco atorrantes, alegres, despreocupados. El jardinero riega. Y uno se detiene como para recibir adentro, allí donde estamos más calcinados y sollozantes, el chorro curvo del agua que reciben temblando las delicadas y palpitantes margaritas. Y es que la manguera que se viene desde allá zigzagueando solapadamente, es la serpiente del paraíso.

(¡Cuidado empleado público, con detenerse a soñar junto a las sombras! ¡Cuidado, tú, alma mía, con la manzana de la fatal pereza!).

Pero este mal de observación que llevamos en el pecho, este soplete oxídrico analizador e implacable de nuestros ojos, nos hace recorrerlo todo de repente con una desbalijadora mirada de rayos X. Y ¿qué es entonces todo esto que se queda agrupado, doliente, mientras los tranvías de la vida zumban más lejos y tajean las esquinas las motocicletas?

Humanidad de fracaso y anfiteatro, de fleco y de margen, ya sólo asistimos al desfile final de las muletas y las toses, de las caquexias y los hígados amargos. Huesos fofos que se tienden en recónditas parrillas bajo el sol. Carne de Dios que no quiere morir, carne de pelea y de amor, de esperanza y de fusilamiento que incrusta una mano náufraga en la bota de hierro de la vida.

Film cotidiano

Así como las creadoras y silenciosas hormigas, en la sociedad abundan los hombres que trabajan con una rara pasión, lejos de todo ruido.

El mecánico Francisco Piedrafesa es una de estas solitarias y amorosas hormigas. Sólo, terco, ha ido llevando durante años y años, su pequeña hoja de esfuerzo. En su taller lleno de gramófonos, yunques y catalépticos motores, lo hemos visitado.

—Nos han dicho que usted ha inventado una máquina que ha entusiasmado a ingenieros argentinos?

—Es cierto, señor. Es una máquina para hacer ruedas dentadas, derechas y helicoidales, y de una barrera automática de los pasos a nivel, para los ferrocarriles. Catorce años he trabajado en ella. Creo que he servido de verdad a la industria.

—¿Fue usted mecánico siempre?

Y el hombre tiznado, de atléticas espaldas y unos simpáticos ojos celestes, nos responde:

—Claro que sí, señor. Desde hace veinticinco años. Fue un oficio que desde niño me tenía loco. Buscaba hierro por el puerto. Ponía en los rieles del tren los metales para conseguir formas... Pero le enseñaré otros inventos.

Y el hombre habló. Habló. Hablaba como un traspasado por una pasión anarquista o de místico. Nos enseñó bobinas, palancas, catálogos. Y todo fue pasando a nuestros ojos, menos la fe que había en sus palabras y que nos penetró como una pinza.

La escollera

Desde la 5 en la escollera todo es más vertiginoso y entrañable. Arrecia el viento. Y las olas caen sollozantes como cabezas sobre los hombros duros de la piedra. Hacia el lado del mar, los mástiles cabecean sobre el fogón de oro del crespúsculo. Una purificación de finos y temblorosos colores envuelve todas las cosas. Tanteando como los ciegos regresan lentas y sucesivas barcas de vela. Humea, perdido en el horizonte, un transatlántico, nos enfila la proa aguda de un barco de guerra. El paisaje se va haciendo de una delicadeza enfermiza y penetrante. Hacia el cielo de Montevideo los techos se aprietan llenos de temblor y de amor frente al ocaso sangriento. Dos... tres... torrecitas allá lejos. Y una chimenea. Y otra chimenea con su humo dormido y violeta. Suenan de repente las sirenas de varias fábricas juntas: las 5. pensamos: "ya salen de su trabajo nuestros hermanos, del oscuro sufrimiento". Y cambia el mar. Un trozo verde aquí, otro de larga y poderosa pincelada de plata allá, una tira azul más lejos. El agua baila junto a los flancos de la escollera con un millón de pequeñas y fugaces colinas de espuma.

Una pelotita de football salta de repente, perdida por el lado del Parque Urbano.

Camino sólo hacia la punta vertiginosa de la escollera. Voy por el borde alto del muro. Un viento fragante de tajos locos me tira en un brusco rapto. Aspiro, masco, beso este aire maravilloso y aventurero del mar. Y vuelvo. La ropa se me va. Pero ahí están en sus actitudes concentradas y hurañas, "los que miran". Unos inmóviles y con las manos metidas como en los bolsillos del alma. Otros sentados y con la cara hundida tercamente en el horizonte. Y otros, tendidos con una rara felicidad de focas. Son hombres jóvenes. Son hombres viejos con aire frío y desolado. ¿Qué miran? ¿Miran el mar, "que lava las heridas de los hombres" como dice Eurípides? Paso. Y siento que me llega de ellos una congoja ardiente y solitaria que me busca el corazón. ¡Oh solterones de alma vacía y romántica como la plazoleta! Oh poetas anónimos, abúlicos y rebeldes! ¡Oh elegantes turistas neurasténicos! ¡Oh inmigrantes de unas fachas bruscas y desesperadas! Y me acerco a ver la fila de los pescadores de caña. Ahí están con sus posturas acrobáticas entre las piedras agudas. Los de la red envangélica. Los de la caña flemática. Los que lanzan como una serpentina el aparejo de anzuelo de piolín al mar.

Observo a los de la caña. Gente rara, maniática y cachazuda esta de la caña. ¿Pescan? La caña no se mueve. Y pasa una hora. Y otra hora. Y toda la tarde. Y ellos ahí, obstinados, inconmovibles. Pero más absurdamente maniáticos e inexplicables los otros: los que vienen a ver a los que pescan. Es decir, la epopeya de la flema. Caricatura alemana, humorismo inglés.

Hasta que da el cañonazo de las 6, su estampido macizo y sordo. Y el paisaje se hace más fuerte. Y el Cerro se viste de lucecitas titilantes, y una nube negra y dinámica se va comiendo el ocaso. Empieza un lento tiroteo de colores en los vapores: la luz se prende. Y es más fatal y más intenso ver el mar a esta hora. Una necesidad secreta, escarbadora, de agarrar con un sentido más profundo la vida, me pone concentrado y palpitante. Y hago más lento el paso al regreso. Mas otra vez me detengo a contemplar a ese último pescador, a ese que se ha quedado solo en su sitio de más peligro, entre los grandes cubos de cemento, donde el mar se rompe ahora con una cólera sorda. Y lo miro. Es un viejo de la barriada pobre. Curva la espalda sobre el agua, el pantalón a la rodilla como un muchacho. La cara, de un grave cobre criollo. No es el italiano trajinero que llega con sus canastas. Ni el señor dispéptico que se

viene a distraer. Ni ese otro señor que viene a pescar y trae guardapolvo, valijita, lunch y los dos chicos. Este le viene a arrancar al mar su pan de cada día con pasión y temblor. Este es quizás el único pescador de verdad que viene a la escollera. Se inclina, suelta la red de medio mundo, se deja mojar una y otra vez por el salpicón violento del agua: salta a esa piedra, baja, espera, da el ágil tirón. Su pesca es una lucha primitiva y sentimental. Se agazapa de nuevo y ya está la joya viva y ligera de un pejerrey. Y de otro. Y de 10. Y de 100. ¿Ha descubierto un tesoro? Se diría que sus manos sacan cristales, plantas vivas, oros líquidos. Maravilla de la naturaleza. El mar da, da, da... Da como la vida que responde siempre al esfuerzo.

Y ya casi de noche, regreso. El cabo de guardia pastorea a los últimos retardados. En la línea del horizonte corren las boyas luminosas. Es la hora de las cocinas y las estrellas. Es la hora de volver a la ciudad, llena de luces y de hombres. ¡Alma mía otra vez vístete de batalla y de fuego!

Aspectos psicológicos

Va a ser la una. Otra vez la sirena de "El Plata" enlaza nerviosamente a la ciudad. Ya palpitan los corazones. La multitud va cayendo como un carbón precipitado en la Plaza Solís. De la alta terraza penden los pizarrones dramáticos. Banderita argentina. Banderita uruguaya. .... Arrecia la lluvia de hombres. Ya hasta la Plaza Independencia y atorando las otras boca-calles, se extiende como una verdura tupida y zumbante la mancha inquieta de los sombreros.

Una motocicleta pasa como un tiro por la esquina de Juncal y Sarandí. Se detienen las langostas súbitas de unos autos de carrera. Los motores laten impacientes.

Desde la terraza suena la voz del megáfono. La corneta enfoca el horizonte con su inmensa O negra. Y van cayendo sólidas y perforantes las palabras: "Hay 40.000 personas en las tribunas", "los uruguayos atacan".

Un runruneo roto de la multitud que se encarama y se exprime en las columnas del Propileo, los postes, los árboles, los trenes parados. Y pasan 10 minutos. Y después 15. Y después 20. Cero a cero todavía en los pizarrones. La multitud borbollonea nerviosa. Chicos, hombres, viejos, caballeros elegantes que quieren disimular con una línea de témpano la vehemente curiosidad. Y entre el bloqueo abrupto y sordo de cabezas y espaldas y donde quieren salir las lunas llenas de los calvos, finas como nenúfares, y vagas como sonrisas de ángeles, las caras de algunas mujeres.

"Los uruguayos atacan, cortada de Zibechi", vuelve a decir el megáfono. La multitud se desarticula rápidamente. Un movimiento barredor y anhelante de oleaje en las cabezas y los hombros. Y un ¡bravo! que estalla ronco en las gargantas. Se patea. Se silba. Se escupe. Se fuma. Las millares de manos que aplauden hacen un rápido palomar. De nuevo hierve el hormiguero de la multitud. Una multitud de decoración alucinante frente a la que uno quisiera aparecerse de repente con un megáfono de 100 metros de largo para gritarle, como incrustándole en la sangre y las ideas, palabras verídicas, irreconciliables, tajadoras y sagradas de la vida que la hicieran escaparse en una loca carrera de terror, aullando de dolor y de vergüenza.

Y otra vez pasan 5 minutos. 10 minutos. Y siempre allá arriba los 2 ceros enormes, solitarios, fijos. Se diría que una atmósfera de tragedia de Maeterlinck, de desarrollo sordo. intramuscular y meta-

físico, se apodera poco a poco del ambiente. Mudos arriba los 2 ceros; ávida y estrujada abajo la multitud. Se siente un peso de silencio sólido. Crece la angustia. Todo pasa adentro; carreras inenarrables de Piendibeni, tiros inatajables, esquinados y rasantes de Romano, avances de pases al arco. Hay pamperos de goales uruguayos. Ya Gradín metió 100. Los goales caen con una velocidad de ametralladora sobre Buenos Aires. Irigoyen está loco. Pum... pan, pum... pen... pan... las casas se derrumban..., los ferrocarriles se paran..., el cuadro argentino, está muerto...

"Van 30 minutos de juego, corner de Zibechi", anota el megáfono. Y es como si por esa voz mecánica hablaran los rieles, las distancias, las mangueras de aire comprimido, los neumáticos, los paragolpes elásticos de las locomotoras.

La ola otra vez se mueve. Moscardonea, suena. Se va de derecha a izquierda. Marejadas de sombreros.

Pero lanza la sirena otro alarido de punción larga y penetrante. ¿Qué hay? Abajo estalla una bomba de brazos, de bastones, pañuelos, gritos, cabezas. ¡Goal uruguayo! Y el marcador pone el 1 emocionante. Se entrechocan descargas de electricidad humana. Los ojos se iluminan. ¿Quién fue ese pobre filósofo de barbas dramáticas que dijo que la alegría había muerto? Vuelan hurras. En las caras de las mujeres brincan manzanas y tanjarinas de emoción y de frescura. Se diría que le ha nacido al mundo una súbita felicidad distinta. Y pienso en la capacidad incalculable de idealismo que hay en un pueblo que es capaz de seguir horas y horas anhelante, palpitante, atónito, las incidencias de este remoto partido de football.

Mas otra vez la sirena le hunde su estocada acribillada de maravillosas nubes. Corre una mecha de gritos.

Pero algo la extrangula. La granada se detiene. Una sospecha cruel arropa de golpe las bocas. Los ojos se interrogan: ¿qué? ¿goal uruguayo? Todos se quedaron de pronto perplejos. Ya hay arriba otro 1 que saca su lengua socarrona y agresiva. Cambio instantáneo. Vértigo. Espanto. El goal era argentino.

Viene el descanso. Sigue el segundo tiempo. De nuevo el megáfono escupe en el aire sus palabras "Van cuatro minutos de juego; los argentinos atacan". La multitud vuelve a su eléctrico vaivén de esperanzas y de agonía. Otra vez se encoge y se estira el raro acordeón de espaldas... La tragedia alcanza ahora su temperatura máxima. ¡Cuántos latidos! ¡Cuántas esperanzas! no sé por qué yo me acuerdo de aquel amigo "hincha" que se quedó afónico hasta un año después de un partido de football. Pienso en él. Y a la idea de que ese goal argentino lo haya estampado desquijarrado y muerto contra una pared, me pongo a temblar. Y otra vez aún suena el clamor de la sirena. La expectación se dramatiza hasta la lividez. Se hace un inverosímil silencio. Pero no... no... no...! Por el aire pasa un soplo de fatalidad...

¡Goal uruguayo! — grita una voz solitaria de pibe. Y nadie responde. Un sentimiento de certidumbre mortífera, demuda, paraliza los semblantes. Y en el pizarrón de la angustia salta un 2. Era otro goal argentino.

"Faltan 4 minutos para que acabe el partido" irrumpe con un tono sepulcral el megáfono. Y el empedrado negro de las cabezas se agita. Hasta que cae como un golpe de martillo — pilón la noticia del fin.

Y nuestros ojos saltan sobre todos los semblantes; y nos petrifica el aspecto nuevo del cuadro: no cien hombres, no mil hombres, *doce* mil hombres que se han quedado en la actitud estupefacta y patética de los muñecos de los ventrílocuos. Nadie se atreve todavía a moverse. Una extraña catalepsia de rodilla congela a todos. Se pensaría que en todas las caras las mandíbulas se han roto: cuelgan!

Una palidez teatral de duelo a muerte recorta el dolor de algunas fisonomías. ¡Y qué marcha fúnebre de Beethoven, ni qué entierro de Isolda de Wagner, ni qué Ronda de las catacumbas de Falla!— Es algo más dilacerador de una calidad catastrófica más visceral e integralizadora. Es un goal que ha caído en el bulbo raquídeo del país. La multitud se desfleca grave, desportillada, verde. Y empieza el desfile de la desolación de la mandíbula. Y las mandíbulas avanzan, se dispersan. Entran en los cafés. Se paran en las esquinas penduliformes, agónicas, las de naufragio irremediable, umbilical, las que cuelgan chiquitas como un picaporte. Y las que se prolongan grandes y huesudas, y que son la épica hípica de las mandíbulas. El desfile dura hasta altas horas de la noche en Montevideo. ¡Oh lector, "hipócrita lector, lector hermano mío" libremos juntos la elegía, la espantosa "Elegía de La Desolación de la mandíbula"!

El poeta que cantó a la motocicleta y al jugador de fútbol, que vibró con los descubrimientos modernos de la caliente ciudad de Montevideo, a quien deslumbró el amor y la amistad. El Juan Parra del Riego que vino de su patria, Perú, a hacerse uruguayo por el corazón.



Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo. Diseño, Artegraf. Edición amparada en el Art. 79 de la ley Nº 13.349. (Comisión del Papel). Julio de 1969.